





























ropa, libros y niños, sin contar al gato de la familia, Roscoe, que estuvo horas maullando. Hicimos un alto en el camino para visitar a nuestros padres, que nos preguntaron repetidas veces adónde nos dirigíamos, y a quienes no pudimos contárselo.

Nuestros padres dieron puñetazos en la mesa y gritaron *¿Os creéis que somos espías nazis? ¡Contádnoslo!* Nuestras madres añadieron *Tened cuidado, o Escribidme en cuanto podáis*. Y a nuestros hijos les entró miedo y exclamaron *¡Decídselo!*, pero no se lo contamos, ni a ellos ni a nuestros hijos. Después, cuando nuestros padres se tranquilizaron, cuando nos dijeron, mientras nos acariciaban el brazo, *Soy tu padre, me lo puedes contar todo*, no les contamos adónde íbamos, porque todavía no lo sabíamos.

Dimos un abrazo a nuestras madres, a nuestros padres un leve beso en la mejilla, miramos por la ventana y vimos a nuestros maridos comprobando la presión de los neumáticos. Nuestras madres lo entendieron; nuestras madres habían guardado grandes secretos. Metimos en el coche a los niños, el gato y los refrigerios, y pusimos rumbo al oeste.